

Yasmine Mohammed Sin velo

Cómo el progresismo
legitima al Islam radical



libros del
Zorzal



Yasmine Mohammed Sin velo

Cómo el progresismo
legitima al Islam radical



libros del
Zorzal



YASMINE MOHAMMED

Sin velo

Cómo el progresismo
legitima al islam radical

Traducción: Agustina Blanco



libros del
Zorzal

Mohammed, Yasmine

Sin velo / Yasmine Mohammed. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Agustina Blanco.

ISBN 978-987-599-898-8

1. Memoria Autobiográfica. 2. Derecho a la Libertad Personal. 3. Islamismo. I. Blanco, Agustina, trad. II. Título.

CDD 808.883

Diseño de portada: Osvaldo Gallese

Diseño de colección: Enric Jardí Soler

Traducción: Agustina Blanco

Título original: *Unveiled*

© 2019. Yasmine Mohammed

© 2022. Libros del Zorzal

Buenos Aires, Argentina

<www.delzorzal.com>

Comentarios y sugerencias: info@delzorzal.com.ar

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la editorial o de los titulares de los derechos.

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Para Tiffers

Índice

[Dedicatoria | 7](#)

[Prefacio | 8](#)

[Prólogo | 11](#)

[Violencia I | 16](#)

[Oración | 22](#)

[Sumisión I | 27](#)

[Egipto | 37](#)

[Honor | 43](#)

[Amigo invisible navideño | 49](#)

[Abuso | 53](#)

[Judíos | 57](#)

[Sumisión II | 62](#)

[Hiyab | 67](#)

[Colegio musulmán | 74](#)

[Traición | 77](#)

[Madres | 84](#)

[Depresión I | 89](#)

[Tiffers | 92](#)

[Abandonada | 98](#)

[Depresión II | 105](#)

[Haciendo pie | 110](#)

[Casa | 116](#)

[Sumisión III | 123](#)

[Violencia II | 132](#)

[Mi bebé | 144](#)

[Al Qaeda | 152](#)

[Escape | 161](#)

[Arresto domiciliario | 168](#)

[Solas | 176](#)

[El elefante | 180](#)

[Libertad | 189](#)

[Duda | 197](#)

[Reconstruyendo | 207](#)

[Wayne | 214](#)

[Doha | 218](#)

[Amor | 231](#)

[Contraataque | 240](#)

[Esperanza | 244](#)

[Agradecimientos | 254](#)

Dedicatoria

Este libro es para toda persona que se siente aplastada bajo la enorme presión y las terroríficas amenazas del islam. Espero que mi historia te ayude y te inspire para que puedas liberarte y desplegar tus preciosas alas.

Este libro es también para aquellos que se sienten forzados a demonizar a todos los musulmanes. Espero que comprendan que somos meros seres humanos y que estamos peleando contra nuestros propios demonios.

Este libro es para todos aquellos que sienten que su deber es defender el islam de todo examen y reprobación. Espero que vean que cada vez que erran la crítica están impidiendo que la luz brille sobre millones de personas encarceladas en la oscuridad.

Y por último, pero definitivamente no menos importante, este libro es para mis compañeros guerreros. Mis compañeros exmusulmanes, mis compañeros ateos, mis compañeros librepensadores y mis compañeros agitadores.

Prefacio

POR RICK FABBRO

El 17 de julio de 2018, a las 11:26 de la mañana, sonó mi teléfono. Nunca sé muy bien a qué aplicación corresponde cada timbre, así que comencé a recorrer mis mails, mi Facebook, mi Twitter, los juegos de palabras con los que me entretengo con mis amigos; finalmente, abrí un mensaje de texto.

“Hola Sr. Fabbro. Fui estudiante de teatro suya en primer año de la secundaria, en 1988/89... No sé si se acordará de mí...”.

Al leer esas palabras, mi corazón dio un pequeño salto. Unas silenciosas lágrimas mojaron mis mejillas.

“Yasmine, no solo te recuerdo, ¡sino que he pensado en ti muchas pero muchas veces en estos últimos 30 años!”.

Una vez más, surgió en mi mente con intensa claridad el recuerdo de una valiente niña de 13 años de edad, sentada frente a mí en mi oficina, describiéndome los horrores perpetrados sobre su persona. Actos que desafiaban mi capacidad para creer que un ser humano pudiera ser tan cruel con otro, máxime tratándose de alguien tan desamparado e inofensivo. Ella prometió estar dispuesta a llevar su historia ante las autoridades que fueran a rescatarla de su tétrica vida familiar.

Efectivamente, dimos curso al organismo competente, y nunca más volví a verla. Supuse que había sido trasladada de inmediato a un hogar seguro y que todo habría terminado encaminándose. A finales de aquel año, me transfirieron a otra escuela, y siempre me quedó la duda de cómo se habría desenvuelto el futuro para Yasmine.

“Solo quería darle las gracias. Las cosas no salieron bien. Todo el maltrato que recibí de mi familia fue calificado por el juez como ‘libertad cultural’”.

Mi corazón se hundió. Ahora, en lugar de tan solo querer saber cómo había evolucionado su vida en los últimos treinta años, me carcomían las preguntas. Quedamos en encontrarnos. Nos abrazamos. Hablamos y lloramos. Me pidió que leyera un borrador de este libro.

Sin velo narra la cautivante historia en su totalidad y responde las preguntas. Sobre esta joven, intentaron ejercer su poder fuerzas familiares, fuerzas políticas, fuerzas religiosas y culturales. Este libro relata cómo prevalecieron su coraje y su tenacidad, pese a los momentos en que se sintió derrotada.

Este es un libro importante no solo por el fascinante testimonio personal que brinda, sino también porque su historia no es única. Yas es una voz que debe ser escuchada por cualquier persona que se sienta oprimida por poderes que entorpezcan sus posibilidades de vivir una vida libre.

Siempre me resultó imposible hablar
de mis problemas.

No podía hacer frente al bochorno y, de todos modos, carezco del
coraje necesario. Toda la valentía que tenía me fue arrebatada
cuando era joven.

Pero ahora, de repente, tengo una suerte
de deseo irrefrenable de contarle todo a alguien.

ROALD DAHL, *MATILDA*

Prólogo

El hecho de haber sido criada en un hogar musulmán no debería ser más que un distante recuerdo, pues rompí con aquel mundo en 2004. Pero resulta que aquel mundo traumático en el que nací me ha definido. Está en mis huesos. Corre por mis venas. No puedo escapar de él. Pensé que podría. Empezaría de cero, podría redefinirme y vivir mi vida según mis propios términos. Pero me he dado cuenta de que no puedo huir de mi propio ser. No tengo control sobre las mismísimas conexiones que realiza mi mente ni sobre las reacciones viscerales de mi cuerpo, y no puedo reconstruirme. Por momentos, sí creo que tal vez he superado todo y que seré capaz de vivir una vida “normal”. Pero tan pronto como bajo la guardia, siempre hay algún recuerdo latente que asoma su horrible cabeza.

El suelo en el que crecí, el agua que me nutrió, todo eso estuvo envenenado de engaño, miedo, mentiras, traición, ira, tristeza y mucho maltrato. Por fuera, puedo parecer un árbol sano, pero la verdad está oculta en mis raíces. Me las ingenio para embaucar a todos a mi alrededor. Hay amigos que conozco desde hace años y que desconocen por completo mi historia. Me dicen cosas como “¡Pero si te ves tan normal!”, “¿Cómo puede ser que no te hayas convertido en un tiro al aire?”, “¡Nunca lo habría imaginado!”.

Ni siquiera mi marido logra conciliar los relatos de aquella niña, cuya vida es tan ajena a la suya, con la imagen de la mujer de la que se enamoró. Nos conocimos pocos años después de que yo cortara vínculos con mi familia, y estaba lejos de haber sanado, pero había aprendido a tragarme la pena. No había salida. Nadie lo entendería. Sabía que a la gente le incomodaba hablar del islam, así que directamente dejé todo eso de lado.

Varios años habían pasado de mi ruptura con la religión cuando me topé un día con la página de Facebook de Bill Maher,¹ donde leí que un grupo de exmusulmanes estaba comentando la reacción de Ben Affleck ante las críticas de Sam Harris al islam. Sus gritos de “bruto y racista” hoy son legendarios, casi un cliché. Yo ni siquiera había oído el término exmusulmán antes de ese episodio. No tenía idea de que había otros como yo. Guardaba

mis sórdidos secretos para mí. Mi vida no es políticamente correcta. No encajo en la narrativa preferida. La historia de mi vida es una verdad incómoda, y la gente prefiere sus cómodas mentiras. Pero aquella reacción de mis pares ante la diatriba de Ben Affleck provocó mis ganas de tomar partido.

Resulta que Sam Harris, neurocientífico y autor de un libro pionero llamado *El fin de la fe*, fue invitado al programa de Bill Maher en octubre de 2014 y habló sobre el islam en su característico tono imponente, aunque con voz suave. Abordó el tema con el mismo rigor académico que utiliza para cualquiera de sus investigaciones sobre las religiones del mundo. Se refirió a él del mismo modo en el que había hablado del cristianismo, del judaísmo y de muchas otras religiones e ideologías: esgrimiendo hechos.

Sam Harris y Bill Maher iniciaron la conversación lamentando que los progresistas fallaran a la hora de alzarse en defensa de los valores liberales. Bill relató que su audiencia aplaudiría con estridencia en favor de principios como la libertad de expresión, la libertad de culto y la igualdad de las mujeres, las minorías y la comunidad LGBT, pero que ese aplauso se detendría abruptamente si alguien mencionara que tales principios no estaban vigentes en el mundo musulmán. Sam añadió que los progresistas critican de buen grado las teocracias blancas, las teocracias cristianas, pero fallan a la hora de criticar los mismos males si el contexto es el mundo musulmán. Asimismo, aclaró que había que diferenciar entre el islam como religión (como conjunto de ideas) y las personas musulmanas.

Muy a cuento, Ben Affleck, actor que desempeñó el papel de ángel caído en la película *Dogma*, aparentemente decidió postularse como ejemplo para encarnar la perfecta caricatura del progresista confundido al que Sam se estaba refiriendo, acusando de racistas a Bill y a Sam. Los equiparó con la gente que emplea el término *shifty Jew*² o que dice cosas como “Lo único que quieren los negros es dispararse entre sí”. Affleck insistió en que los musulmanes “solo quieren comerse un sándwich”,³ ilustrando exactamente la hipocresía que Sam había intentado delinear. ¿Acaso el hombre que había hecho una película específicamente centrada en la crítica y burla del cristianismo creía que esa conversación civilizada y fáctica sobre el islam que estaban teniendo Sam Harris y Bill Maher superaba los límites de lo aceptable?

Si bien tanto Bill como Sam citaron estadísticas del Pew Research Center que indicaban que alrededor del 90% de los egipcios cree que las personas deberían ser asesinadas por abandonar su religión, Ben seguía insistiendo en que tales ideas malvadas solo eran defendidas por una cantidad nominal de musulmanes.

Desde mi perspectiva, era imperdonable que Ben Affleck evadiera la crítica a una ideología que tanto sufrimiento había causado en el mundo. Por lo general, a nadie en Occidente le importaba que las mujeres musulmanas fueran encarceladas o asesinadas en Irán o Arabia Saudita por no cubrirse el cabello. A nadie le importaba que un grupo de blogueros de Bangladesh fuera apaleado a muerte en las calles por atreverse a escribir sobre humanismo. A nadie le importaba que en Paquistán unos estudiantes universitarios fueran aporreados hasta morir por cuestionar el islam. Pero hete aquí que ahora, por fin, la gente común y corriente se ponía a hablar en un canal televisivo común y corriente sobre temas que aquejan al mundo musulmán desde hace mil cuatrocientos años. ¡Y este hombre aparentemente bien intencionado, cargado de culpa blanca, se estaba interponiendo en el camino! Me puse furiosa.

Recuerdo haber sentido el deseo de expresarme. Quería gritar a los cuatro vientos. Quería unirme a Sam Harris en su batalla de ideas. Sin embargo, también estaba aterrorizada. Sentía que estaba frente a un precipicio que sobresalía sobre un vasto océano. Segura, en terreno seco, me había librado de las peligrosas aguas que se agitaban debajo. Pero ahora tenía la abrumadora sensación de querer volver a zambullirme. Quería conocer a otros que hubieran pasado por lo mismo que yo. Quería compartir mis relatos con ellos y con todos. Quería una comunidad de personas que pudiera comprender mis temores, inseguridades y obsesiones latentes.

Era un riesgo enorme. Ninguno de mis allegados conocía mi trasfondo. Nadie. La única persona que sabía de mi derrotero había fallecido años antes, así que no tenía testigos de mi vida anterior. Podía continuar viviendo en paralelo a todos esos tejemanejes y optar por no saltar desde aquel acantilado hacia el mar. Lo mío pasaría completamente inadvertido.

O podía ser valiente. Podía elegir adentrarme, cubrirme de agua salada y algas e inclusive correr el riesgo de ahogarme. Podía elegir compartir mi punto de vista. Podía elegir corregir a mis amigos que insistían en que el islam era una religión de paz. Podía elegir incomodar a la gente con mi

historia y lidiar con la reacción negativa, los amigos que se apartarían de mí y las amenazas de muerte.

Una persona más cuerda sencillamente habría dado media vuelta y se habría alejado de aquel océano. Yo sabía qué había en él. Ya había estado allí. Habría sido tan fácil dar media vuelta y continuar viviendo mi vida en terreno seco y seguro, máxime porque ya había arriesgado mi vida en la lucha.

Pero elegí zambullirme.

Violencia I

—¡No, por favor! ¡Por favor, lo siento! ¡Mamá, mamá! ¡Por favor!

Estoy recostada en la cama como me ordenaron, implorando frenéticamente como tantas veces he hecho. Tengo pánico de esa escena familiar, por más que se esté desarrollando frente a mis narices. El hombre me toma del tobillo y me arrastra con brusquedad hacia el pie de la cama. Tengo que vencer mis ansias de soltar las piernas. Sé que si lo hago será peor. Llora tan fuerte que me quedo sin aliento, mientras el hombre utiliza mi soga de saltar para atarme los pies al travesaño.

Levanta su vara de plástico naranja, su favorita, la cual reemplaza los listones de madera que se quebraban una y otra vez. Al principio me alegré por el cambio, dado que la vara no se astillaría. Pero no me percaté de cuánto más me dolería. Por el resto de mi vida odiaré el color naranja. El hombre azota las plantas de mis pies, su punto predilecto, pues las heridas permanecen fuera de la vista de los maestros. Tengo 6 años, y este es mi castigo por no memorizar como corresponde las suras (capítulos) del Corán.

—¿Te parece que podrás memorizarlas mejor la próxima vez?

—¡Sí!

Le suplico a mi madre con la mirada. “¿Por qué no alzas la voz o la mano para protegerme? ¿Por qué te conformas con quedarte de pie junto a él?”

¿Qué podría estar impidiéndoselo? ¿Acaso le tenía miedo? Ella había sido la que lo había llamado. ¿Entonces, en parte, ella también era culpable? En aquel momento, no puedo aceptar que el único de mis progenitores al que conozco sea capaz de entregarme por propia voluntad para que alguien me amarre y me golpee. El malvado es él, no mi madre. Esa tenía que ser la verdad. ¿Entonces por qué lo había llamado por teléfono y le había pedido que viniera a casa? ¿Por qué?

—La próxima vez que venga, quiero oír las tres suras. ¿Entendido?

—Sí...

—¿A qué tres suras me refiero?

Por una fracción de segundo, dudo. El hombre eleva la mano otra vez; sus ojos destellan un dejo de anticipación.

Cuando no hay piel fresca en la que puedan aterrizar sus golpes, estos caen sobre mis pies ya magullados y ajados. Mi cuerpo está pringoso por el sudor. Mi corazón late a ritmo acelerado. Me cuesta respirar, pero sé que aquello no acabará hasta tanto no encuentre la fuerza necesaria para seguir adelante.

—*Al Fatiha, Al Kauthar y... Al Ikhlās.* —Tres suras cortas que se exigen para las cinco plegarias cotidianas. Las palabras brotan de mí, rechinando, atragantadas, apenas audibles.

—Si cometes un error, un solo error, te mostraré qué tanto puedo lastimarte.

Finalmente, el hombre desata la sogá, la arroja al suelo y sale de la habitación. Quedo tumbada allí, esperando a que mi madre se acerque y me consuele. Pero eso no sucede. Después de cada golpiza, espero, pero mi madre nunca viene. Siempre lo sigue hasta la puerta, y oigo sus voces y risas mientras se cuentan cosas. Espero jadeante el sonido de la puerta al cerrarse. No puedo relajarme hasta no saber que aquel hombre está fuera del departamento. Me es difícil estabilizar la respiración, mientras observo en el techo el trazo de las luces de los coches que transitan por la calle. Ssss, ssss, ssss. Termino curvando mi cuerpo cual pelota y me meto el pulgar en la boca.

Pese al latido de mis pies y a los involuntarios sollozos que inflan con énfasis mi pecho, me quedo profundamente dormida, en una especie de hondo sueño que solo puede ocurrir tras una lucha que amenaza con destrozár tu mismísima alma.

Me despierto como aturdida en medio de la noche. Debajo de mí, la mancha mojada y fría de siempre. Uno de mis pies la roza, y el ardor es tan insoportable que me fuerza a erguirme. Sé que debo abrirme paso hacia el baño, pero el solo pensar en el dolor de soportar mi propio peso sobre mis pies ajados vuelve a inundar mis ojos de lágrimas.

Con cuidado, dejo caer mis pies sobre el lateral de la cama. Están hinchados y cubiertos de ampollas de sangre. Me mentalizo antes de bajar. Sé que si apoyo todo el peso en ellos, podrían estallar, pero también debo moverme rápido para lavar el orín que está provocando ese ardor en mis llagas abiertas. Camino sobre el canto exterior de los pies para que las pústulas esquiven la alfombra. Rengueo despacio, equilibrándome a cada paso: primero me aferro a la cama; luego, al ropero; luego, al picaporte;

luego, a la pared del pasillo. Casi cuarenta años después, todavía tengo un vívido recuerdo de aquella sensación de aplastar algo húmedo a medida que las heridas inevitablemente se abrían a tirones.

Todo este dolor no es nada, estoy segura, comparado con las llamas del infierno que me esperan si no memorizo los rezos. Pero antes de aprender a morderme la lengua, cuestiono.

—Si Alá quemara mi carne, luego la regenerase y volviera a quemarla otra vez por toda la eternidad, ¿al final me acostumbraría a eso?

—No —contesta mi madre—. Alá se cerciorará de que cada vez te duela tanto como la primera.

Yo estaba aterrorizada de Alá, del Día del Juicio Final, de quemarme en el infierno. No eran cosas que ocuparan la mente de un niño promedio (bueno, de un niño promedio no musulmán).

Internet está llena de videos de YouTube en los cuales se ve a niños siendo agresivamente atacados en madrasas, a niñas agarradas de los cabellos y arrojadas al piso por no llevar el hiyab (cubrecabezas), a menores siendo azotados y pateados al caer al suelo. El maltrato que padecí, por más salvaje que fuera, es leve en comparación con otras historias que he oído. Una chica en Somalia me contó que su madre vertió aceite caliente en la garganta de su hermano (atado a una cama) y que ella y sus demás hermanos fueron forzados a presenciar la escena.

De acuerdo a informes recientes, a más del 70% de los niños de entre 2 y 14 años que viven en países de mayoría musulmana de Oriente Medio y el norte de África se los disciplina de modo violento. En países como Yemen, Túnez, Palestina, Egipto, más del 90% de los niños afirman sufrir maltratos y violencia. ¿A qué se debe esto? ¿Por qué esos países tienen semejante incidencia de violencia contra los menores? El denominador común es que todos practican la misma religión. Una religión que les enseña a golpear a sus hijos. Según el Hadiz, registro de los dichos y las acciones de Mahoma, el profeta dijo: “Enseña a tus hijos a rezar cuando tengan siete años y abofetéalos si no lo hacen cuando tengan diez” (clasificado como *sahih*⁴ por Shayj al Albani en *Saheh al Jami*, 5868). También dijo: “Cuelga tu azote allí donde los miembros de tu hogar (tus hijos, tu esposa y tus esclavos) puedan verlo, pues eso los disciplinará” (dicho por Al Albani en *Saheh al Jami*, 4022).

Queda claro que es responsabilidad de los padres velar por que sus hijos memoricen el Corán, no dejen de realizar la oración diaria y sigan el estrecho sendero que les ha sido trazado. “Cada uno de ustedes es pastor y cada uno de ustedes es responsable de su rebaño. El gobernante es pastor y responsable de su rebaño. El hombre es pastor de su familia y responsable de su rebaño. La mujer es pastora del hogar de su marido y responsable de su rebaño. El sirviente es pastor de la riqueza de su amo y responsable de su rebaño. Cada uno de ustedes es pastor y responsable de su rebaño” (narrado por Al Bujari, 583; Muslim, 1829).

Ergo, cuando los padres golpean a su prole, lo hacen por deber religioso y por temor; deben asegurar que sus hijos sean musulmanes devotos. Si no lo son, los padres habrán fallado y deberán responder por ello ante Alá el Día del Juicio Final. Si sus hijos no son musulmanes devotos, las almas de los padres corren el riesgo de quemarse en el infierno por toda la eternidad.

Los estudios demuestran que un promedio de 7 de cada 10 niños son sometidos a agresiones psicológicas; el índice más elevado corresponde a Yemen (90%). Alrededor de 6 de cada 10 menores sufren castigos físicos; los números más elevados (más del 80%) se registran en República Centroafricana, Egipto y Yemen.

Las más de las veces, los hogares emplean una combinación de prácticas correctivas violentas. La mayor parte de los menores, en una mayoría de países o áreas, están expuestos a modos de castigo tanto psicológico como físico, lo cual confirma que ambas formas de violencia a menudo se superponen y con frecuencia ocurren juntas dentro de un contexto de disciplina. Tal exposición a múltiples tipos de agresión puede exacerbar el potencial daño al niño tanto en el corto como en el largo plazo.

Aunque el maltrato y la amenaza de maltrato me petrificaban, no recuerdo una época de mi vida en la que no haya dado batalla. Escuchar música, por ejemplo, estaba prohibido, pues la música es producto del demonio. Así y todo, cuando no había nadie en casa, yo encendía el radio-reloj, sintonizaba LG73 y escuchaba los hits del día. *El príncipe de Bel Air*⁵ estaba en lo cierto: los padres sencillamente no entienden. Pero yo temía la ira de Alá. Cuando cantaba “Imagine”, de John Lennon, me quedaba callada cuando llegaba el verso que decía: “Imagina que no hay religión”. El mero hecho de tararearlo me daba pánico, como si con ello me convirtiera en una apóstata. Ser un apóstata, un *kafir* (no creyente), es el peor pecado posible para el islam.